

que hacían los esclavos, bien que constreñidos á ello por el miedo que el látigo les infundía. Como trabajadores libres, pueden los negros resistir en América cosas que ninguna otra raza podría soportar. El ferrocarril de Panamá es esencialmente obra de los negros y lo propio podrá decirse del canal del mismo nombre. En los puertos del Sud y del Este de Africa y en los de la Arabia, son también los negros (fingús, de Mozambique, suahelis y tribues de Kru y de Vei) los más aptos como faquines.

Debemos también mencionar aquí la fuerza de resistencia que tienen estos pueblos respecto del aguardiente que tan peligroso es para otros pueblos naturales. Según G. Fritsch, el alcohol pierde, en la constitución de los cafres, su eficacia ó por lo menos sus efectos obran de una manera lenta. «Nunca hubiera creído que el organismo humano pudiera resistir la cantidad de espíritus que se bebían estos señores (habla Fritsch de Sandili y de su séquito, con quienes se encontró en Stutterheim). Bebíanse el más fuerte brandy cual si fuera cerveza floja, á vasos, llegando á consumir hasta tres botellas diarias, sin que ello les alterara en lo más mínimo, mientras que tan clara aparece en la débil raza de los hotentotes la pernicioso influencia del uso immoderado del alcohol.» Esto puede muy bien ser debido á cierta torpeza innata y á cierta indolencia del alma que necesitan del aguijón del narcotismo; y á que el sistema nervioso de los negros está más toscamente organizado; prescindiendo de que no existen entre ellos esas influencias refinadas, es decir enervantes, de la civilización, bajo cuya soberanía, apenas limitada, nos encontramos nosotros. Según parece, al tratar de formular un juicio psicológico sobre los negros, hemos también de tener en cuenta la rudeza de su sistema nervioso. Felkin, apelando á su práctica médica, dice: «Los schulis resisten de un modo notable los dolores, y aun llevo á creer que en realidad no los sienten con la misma intensidad que los europeos: muchas veces, ríen y bromean mientras se les hacen las más dolorosas operaciones.» De suerte que puede constituir una diferencia de cultura y quizás de raza el hecho de que la eficacia de aquel estimulante cosmopolita ha de comenzar en un estadio anterior. Estos pueblos no beben el aguardiente para reparar las fuerzas agotadas en un trabajo ó después de éste, antes bien lo usan para despertar estas fuerzas que, sin aquel licor, no aparecerían ó no se manifestarían. Cierta viajero dice con mucha razón: «Tan importante como untar el carro con sebo es dar alcohol al negro cuando se le quiere hacer trabajar de una manera satisfactoria.» Sean como fueren los negros, el aguardiente ha llegado á ser para ellos una cosa indispensable: Monteiro lo considera altamente útil como estimulante para el trabajo. Todas las ideas vuelven, empero, involuntariamente á la siguiente cuestión: «¿De qué manera podría conseguirse mejor mantener despiertas esas fuerzas y utilizarlas para el propio bien de estas gentes?» (G. Fritsch).

La esclavitud ha sido ciertamente una escuela y los trabajadores que en ella se aleccionaron, dan pruebas de una aptitud para el trabajo mucho mayor de lo que hubiera podido creerse antes de la abolición. A pesar de los males que se esperaban de la presencia de los 6 millones de negros en los Estados Unidos, males que se suponía habían de aumentar andando los tiempos, los observadores imparciales han obtenido en sus investigaciones la siguiente conclusión: la situación económica de los Estados del Sud, cuya población se compone en un 50 por ciento de antiguos esclavos, ha decaído mucho menos de lo que se creía, y de lo que, en parte, hoy todavía se cree. En 1876, el ministerio de Agricultura de los Estados Unidos abrió una información acerca del cultivo del algodón, de la cual re-

sultaron datos interesantísimos acerca del trabajo de los negros. La conclusión de la memoria que á consecuencia de aquélla se redactó, está concebida en los siguientes términos: «Todos los datos concuerdan en que los frutos del trabajo de los libertos aumentan gradualmente. Cierta que todavía subsiste la tendencia de agruparse en las ciudades y de proporcionarse un salario inseguro por medio de trabajos pasajeros, y que las mujeres y los semi-adultos se excusan todavía de las labores agrícolas, aun cuando no tengan otro camino para ganarse el sustento, pero en cambio se ha llegado á una mejor inteligencia entre el propietario rural y el labrador; el uno se muestra más inclinado á dejarse aconsejar y el otro trabaja más. Muchos labradores han visto disminuir sus bienes por la molestia que les produce el dirigir á sus trabajadores copartícipes.» También en la Guayana Británica se han hecho recientemente experimentos acerca de la aptitud laboriosa de los negros libres, experimentos tanto más valiosos cuanto que puede aquella aptitud ser comparada con la de los chinos que en los mercados de los Trópicos podían antes ser peligrosos competidores. En las plantaciones de azúcar de aquel territorio trabajan africanos, indios orientales y chinos, ligados por los conocidos pactos *Kuli*. Todos trabajan por brigadas, los negros dirigidos por un negro ó por un portugués, los chinos por un compatriota y los indios generalmente también por un negro. De los tres, el mejor de todos es el negro, que trabaja el doble que el indio á quien desprecia por su debilidad: el indio, á su vez, lo desprecia por su rudeza y por sus incivilizadas costumbres. El chino es el más inteligente de todos, pero abandona, en cuanto puede, las labores del campo para buscarse un trabajo más cómodo y productivo. Cuando el negro no se ve obligado á la labor, trabaja menos que los otros dos y cuando goza de completa libertad tiene el mayor talento para hacer la vida bohemia y vagabunda. Su habilidad manufacturera no ha sido muy encomiada y sin embargo en Africa es un excelente herrero y desempeña este oficio con afición y celo. Tenemos un testimonio inglés de que las puntas de lanza por los negros forjadas, ligeras y al propio tiempo duras, difícilmente podrían ser imitadas por un herrero, que no poseyera dotes notables, de una aldea inglesa. En Africa misma, no produce el negro á todos los observadores la impresión de pereza: Soyaux sostiene enérgicamente la opinión contraria. «Aquí — escribe desde la costa de Loango — no hay animales de tiro, ni bueyes ni caballos que arrastren el arado que desgarran el duro suelo; únicamente la callosa mano del negro ha de labrar con una pequeña azada la tierra que ha conquistado á la selva virgen. Para el hombre que se encuentra en un grado elevado de cultura el trabajo es una necesidad, un fin de la vida; vive para trabajar; el hombre natural, por el contrario, considera el trabajo simplemente como medio para proporcionarse lo indispensable necesario para la subsistencia; trabaja sólo para vivir. Pero en estas costas, el comercio ha ensanchado entre los indígenas la noción de necesidad, aguijoneándoles con ello para aumentar su actividad; así es que cultivan más maniok, más maíz y más batatas de las que para su propia subsistencia necesitan, á fin de, con lo sobrante, proporcionarse de los blancos goces que antes no conocían.» En los 35 ó 40 jornales de campos de maniok que posee Muata Jamwo, admiró Pogge el trabajo de los negros lo propio que en las extensas roturaciones de Kioko.

Lo propio nos demuestra enfrente de las confusas acusaciones que contra los negros se han lanzado, el incremento adquirido por la explotación minera en el Sud de Africa. Un escritor que describe en el *Cape Monthly Magazine* las

minas de cobre de los namaquías, encuentra que los cafres, los fingús, los mantatis y los damaras «se parecen á todos los demás trabajadores: unos trabajan bien, otros mal, éstos manejan mejor la pala, aquéllos el pico, etc. Se emborrachan cuando tienen tiempo y hasta cuando no lo tienen y se ganan de buena gana un par de groschens además del trabajo para que se contratan.» Sean buenos ó malos trabajadores, hay una cosa que demuestra su deseo de trabajar; cual es el hecho de recorrer grandes distancias para llevar en aquellas comarcas, las más áridas del Sud de Africa, la más miserable de las existencias. Sabido es cuánto han contribuído las minas de diamantes á aumentar el bienestar de los mismos indígenas del Sud de Africa: en el año 1874, los basutos exportaron á ellas, en sus propios carros, por 4 y medio millones de marcos de maíz y de mijo. El hecho de que los negros basutos, batlapines, etc., que allí trabajaban prefirieran emplear sus mezquinos jornales en escopetas que en otros objetos, no puede serles echado en cara, por más que esto disgustara á los blancos. Lo cierto es que los negros trabajan allí voluntariamente, cosa que por algunos ha sido negada.

Mucho, demasiado quizás, se ha dicho del carácter de los negros, pero pocas veces se ha hablado tan minuciosa y apasionada al par que inútilmente de una cosa. El problema estriba en puntos que lo mismo dificultan juzgar á los negros que dificultarían juzgar á los blancos en igualdad de condiciones; dificultad aumentada por la circunstancia de no poderse estudiar, como se debiera, á este pueblo más que en el estado anormal de la esclavitud ó en otras circunstancias que tienen el inconveniente de poder difícilmente ser comparadas con las nuestras. En ambos casos hemos de sentirnos dominados por la tendencia á formular un juicio injusto: en el primero, por atribuir á las dotes de raza los efectos de una situación oprimida; en el segundo, por prescindir de la influencia de las circunstancias exteriores, completamente distintas, bajo las cuales han de desarrollarse aquellas dotes. De uno y otro caso puede decirse que tienden á influencias perniciosas en punto al carácter, pues la esclavitud, al matar todo sentimiento de independencia y de responsabilidad, ahoga una porción de gérmenes de mejores desenvolvimientos; y en cambio en la patria africana, en donde la influencia del Cristianismo y del islamismo se dejan sentir de una manera intensa desde hace muy poco tiempo, ha faltado, durante una época larguísima, el contacto con otras esferas superiores de cultura. La primera consecuencia que de esto podrá sacarse será que el que haya de juzgar no debe agregar á lo desfavorable de estas circunstancias lo desfavorable de sus juicios, y que en este particular será preciso proceder con doble cautela. Los que mejor han juzgado á los negros se han ocupado de ellos constantemente. Por esto declara abiertamente Livingstone: «Parecióme difícil formular una conclusión acerca de su carácter. Algunas veces, realizaban hechos buenos dignos de notarse, pero otras hacían lo contrario. Yo no me encontraba en condiciones para determinar el motivo de lo bueno ni para darme cuenta del endurecimiento de conciencia con que practicaban lo malo. Después de una larga observación, me convencí de que había en ellos, como en todos los hombres, una mezcla de bueno y de malo. No existe en ellos una tendencia hacia aquella corriente constante de benevolencia del rico al pobre que entre nosotros se encuentra, ni aquellas atenciones naturales que vemos entre nuestros mismos pobres. Sin embargo, observamos actos frecuentes de verdadera bondad y liberalidad, así como también hechos de un carácter enteramente opuesto. Los ricos se

muestran principalmente benévulos con los pobres cuando esperan de éstos algún servicio, y un pobre, que no tenga parientes, apenas es socorrido, en caso de enfermedad, con agua, y si muere, en vez de ser enterrado, es arrojado á distancia para que las hienas lo devoren. Fácil sería referir ejemplos de inhumanidad, de los cuales he sido testigo.» Pero este mismo observador escribe más adelante, después de haber hecho seguramente abundantes experimentos sobre este particular: «En este país, nadie conquista influencia si no es á fuerza de pureza y lealtad. Los actos de todo extranjero son atentamente observados por jóvenes y viejos. Raras veces emiten los mismos paganos un juicio que sea injusto ó despiadado.» Podríamos citar una porción de testimonios igualmente importantes demostrando igual tendencia, y como resultado de todos ellos se convendría, con Hubbe-Schleiden, en que el negro es, en el fondo, un ser parecido á nosotros. De ello convencidos, no puede inducirnos á error la opinión mucho más desfavorable de quien, como Pogge, dice: «El negro es pérfido, perezoso, variable, embustero, disoluto, ligero, astuto y supersticioso: miente, roba y engaña siempre que puede. Sólo vive para el presente y no piensa en lo porvenir.» Juicios como este parten de una base mezquina. ¿Qué valen estas opiniones generales cuando sabemos que en Africa mismo los pueblos establecen grandes diferencias entre sí? Los batekes en el Este ecuatorial, los mavitis en la región del Nyassa sólo pueden haber adquirido su fama de malos y pérfidos entre pueblos mejores que ellos. Dada esta pluralidad de cualidades de carácter, sería mejor estudiar profundamente aquellas cosas aisladas que pueden ser objeto de un verdadero juicio, en vez de engolfarse en generalidades que han de traer necesariamente consigo un juicio inseguro.

El carácter de los negros, como el de todos los pueblos naturales, tiene un rasgo infantil que se manifiesta especialmente en un cierto desembarazo en las expresiones que estamos acostumbrados á comprobar severamente. De aquí que aparezcan en ellos con cierto candor faltas profundamente arraigadas. A éstas pertenece en primer término el vicio de la mentira, respecto del cual dice el comerciante inglés Selons, en su memoria sobre el Zambézé central: «Como en todas las tribus salvajes, no se estima allí la verdad, particularmente por lo que es en sí, pero el que sabe mentir de una manera que sea creído, es considerado y admirado como camarada listo y espabilado. A consecuencia de esto, juzgan á los demás por sí mismos, y cuando se les refiere alguna cosa que les parece sorprendente, contestan: ¡Ulimba! (¡Qué mentira!)»

Lo propio puede decirse de las demás ideas de derecho. El sentido que dan á la diferencia entre lo mío y lo tuyo varía á menudo de un modo notable. En este pueblo no se ven las raterías á que se entregaron por ejemplo los polinesios con los primeros europeos. Hay algunas tribus negras sumamente nobles; así por ejemplo hablando de los wasongaras dice Wilson: «Cada día venían en gran número á ver cómo trabajábamos y manifestaban la admiración que les causaban nuestros instrumentos. Teníamos á bordo una fragua portátil, un torno, una piedra de afilar y un yunque que montábamos y utilizábamos á menudo con gran admiración de los wasongaras que exclamaban de continuo: ¡Goma! ¡Goma! (¡hierro! ¡hierro!) y no podían comprender cómo trabajábamos con tanta facilidad este metal. En nuestra tienda había alambres de cobre, agujas y otras cosas que excitan la codicia de un negro, pero sea dicho en honor de nuestros huéspedes, nunca nos faltó objeto alguno.» Junto al sentimiento de la posesión, excesivamente desarrollado, preséntase la idea de la propiedad defectuosa

más bien en la forma de retención injusta que en la de robo propiamente dicho: en esto no se muestran consecuentes, sino que obran como niños egoístas. Felkin, en su viaje de regreso de Uganda, hizo en vano todos los esfuerzos imaginables para que sus gentes mataran una vaca: todo fué, sin embargo, inútil; sus acompañantes se habían apoderado de cuantas vacas habían recibido de Mtesa, en calidad de comestibles para el viaje, y se negaron á matar ninguna. Cuando les ofrecí pagárselas, dijeron que en Mruli les darían más por ellas. Si en vez de venir de Rubaga hubiésemos tenido que dirigirnos allí, no hubiera sucedido nada de esto, pues una queja formulada ante el rey les hubiera costado la vida. La codicia es uno de los principales vicios del negro. He aquí un ejemplo de lo que pasó á Ballay entre los adumas: después de visitar á dos niños enfermos de viruelas á quienes había asistido durante muchos días, pidió á la madre que le diera un poco de agua para lavarse las manos: «¿Qué me pagarás por ella?» tal fué la contestación que obtuvo.

Entre ellos, la vida es tenida en muy poco, siendo frecuentes los asesinatos. El siguiente suceso corrobora esta afirmación: un joven paje de Mtesa, hijo de un caudillo de poca importancia, tenía que llevar á menudo á Wilson recados de palacio: una mañana llegó á donde estaba éste y le dijo con la mayor alegría que acababa de matar á su padre, y habiéndole preguntado Wilson qué motivo le había inducido á ello, contestóle que estaba cansado de servir y que quería ser caudillo, y que habiéndose así manifestado á Mtesa, éste le había contestado: «Mata á tu padre y serás caudillo.» Y así lo hizo el joven. Mientras esto ocurre respecto de las relaciones de Uganda, país destrozado por la tiranía de orgullosos soberanos, se nos dice por otro lado que en las provincias ecuatoriales egipcias el crimen propiamente dicho es cosa punto menos que desconocida y que los funcionarios sólo encuentran dificultades para mantener aquella severa disciplina, sin la cual no se concibe una buena administración. Por regla general la impresión, apenas engañosa, que se recibe es que más crueldad y más injusticias se observan en los pueblos africanos que se encuentran en un grado de cultura algo superior, tales como abisinios, nubios y gallas, que entre los mismos negros. Entre éstos encontramos los sacrificios humanos por motivos religiosos y político-religiosos. Una parte de este pueblo es también antropófaga.

No sin razón se ha dicho que entre los negros la moralidad parece estar en relación inversa con lo completo del traje, de suerte que las tribus que andan desnudas, si no han sufrido influencias extranjeras, son las más morales, y las mejor vestidas las más inmorales. Allí donde existe la poligamia, que directamente depende del bienestar y de la cultura, la mujer se encuentra naturalmente en una condición de inferioridad y es considerada propiamente como una simple posesión: cuantas más mujeres tiene un hombre, más rico es, pues puede cultivar mayores extensiones de terreno. Esto contribuye á aumentar la corrupción de costumbres, amén de esto fomentada por la circunstancia de que á pesar del gran exceso de mujeres que en este pueblo se nota, están muy mal repartidas, como entre nosotros el dinero. Prescindiendo de estas desigualdades sociales, es indudable que el negro tiene, en el fondo, extraordinaria tendencia al sensualismo, siendo muchos los viajeros que nos refieren grandes liviandades sexuales y antinaturales á que se entregan los pueblos negros. El número de tribus que castigan severamente la lujuria, el adulterio, etc., es sumamente reducido.

La superficialidad, la inconstancia son entre los negros

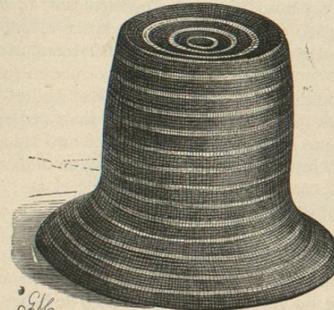
causa de muchos vicios y de muchas virtudes. Comparados con los blancos, comparación que puede hacerse perfectamente en la América del Norte, tienen más vanidad ó deseo de agradar, un carácter más expansivo y dramático, más irritabilidad y por ende una inteligencia menos enérgica ó exacta y una naturaleza más ruda. Así por ejemplo, cáusanles un placer que difícilmente siente el blanco, los colores chillones que destacan unos de otros y la música chillona es también á la que en más ó menos grado todos se dedican.

Una serenidad, no humillante, nacida de estas dotes explica en parte la tenacidad con que los negros soportan las condiciones más duras sin abatirse. Dice Livingstone, hablando de una caravana de esclavos: «Los negros no pueden contener en manera alguna la risa: cualquier tontería que durante la marcha acontezca, como por ejemplo que una rama de un árbol derribe la carga que alguno lleva, ó que se derrame algo, produce la más ruidosa y general carcajada: si alguno, cansado, se sienta á un lado del camino, igual carcajada sale de todos los labios.» De esta suerte han soportado el yugo de la esclavitud conservando en este estado su alegría, y esta cualidad infantil ha proporcionado motivo para sostener que la naturaleza les ha creado para esclavos. La historia de los negros manumitidos, empero, ha demostrado que hay entre ellos naturalezas perspicaces y formales y que son aptos para sentir grandes afectos, pues cuando, aun siendo esclavos, se les trata con justicia, demuestran gran adhesión á sus amos. Como criados son igualmente notables, pues se familiarizan rápidamente con las costumbres extranjeras.

Al tratar de las diferentes manifestaciones de las dotes intelectuales de los negros, tendremos que volver con frecuencia sobre éstas, pero desde luego podemos anticipar, como conclusión del estudio del carácter de aquéllos, que su mismo espíritu, abandonado á la suerte que como raza y como pueblo les está asignada, no puede adquirir aquel grado de desarrollo que sería capaz de alcanzar. Desde este punto de vista, el porvenir ha de instruirnos mucho. A la mayoría de ellos cabrá aplicar, durante mucho tiempo, las palabras de Marno: «Los pueblos negros son los más favorecidos y al propio tiempo los más abandonados hijastros de la madre naturaleza: su vida ofrece en proporciones har to insignificantes la lucha en circunstancias desfavorables y su manera de pensar y de juzgar son idénticas á las de los niños. Abandonados á sí mismos, no pudieron ser otra cosa que lo que hoy vemos que son.»

Ya desde luego puede afirmarse el hecho de que los negros, en general, no poseen escasas dotes y que son susceptibles de ser transformados para llegar á un grado superior. De ellos puede esperarse tanto más cuanto que no hay que temer que puedan ser «civilizados fuera» del terreno. La cultura no les es perjudicial, como lo demuestra la América con sus millones de negros libres. Los de África tienen los mismos vicios y casi las mismas enfermedades que los europeos, y han de poseer una fuerza vital extraordinaria para poder resistir las constantes bajas que su población sufre á consecuencia del comercio de esclavos y de las continuas guerras. Ya en la actualidad, los distintos grados de su cultura demuestran la acción progresiva de ciertas influencias que, por ejemplo en el Sudán y en la alta región del Nilo, han llegado hasta ellos procedentes de fuentes no siempre conocidas, y por otro lado la existencia de un factor de estancamiento derivado del aislamiento y de la falta de roce con los que han progresado. Entre sus dotes intelectuales, sobresale el talento de imitación, que constituye un hecho

importante para juzgar así su actual estado de cultura como su ulterior desenvolvimiento. Los negros son en extremo dóciles y casi todos los observadores concuerdan en que imitan con notable habilidad los productos europeos; aprenden con facilidad suma y se familiarizan, puestos en un país extranjero, rápidamente con el idioma de éste. En poco tiempo aprenden á leer. Muchos magnates de Uganda hablan el kiganda, el kisuaheli y el árabe. Los basutos aprenden á leer, con gran rapidez, su propio idioma escrito en letras romanas. Uno de los misioneros de la *Church Missio-*



Un sombrero tejido con cabello: trabajo cafre. (Museo etnográfico, Berlín). $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño.

nary Society organizó en Rubaga una clase de canto, en donde se instruía á los rústicos alumnos, los cuales, á los dos ó tres meses, estaban tan adelantados que pudieron cantar una sencilla melodía de Blatte.

Los negros tienen en mucho las cifras: buen número de ellos poseen denominaciones especiales para todos los números, hasta mil, denominaciones adaptadas á un sistema decimal natural, puesto que todas las palabras que designan un múltiplo de diez, llevan esta palabra diez como raíz. Hay, sin embargo, algunos indicios que demuestran que ciertos idiomas, como el de los angolas, no contaron, en otro tiempo, más allá de cinco. En el lenguaje kiganda, *kumi* significa diez, *mukumi abili* (dos dieces) veinte, *kikumi* cien, y *lukumi* mil. En las costas occidentales se usa con más frecuencia la expresión portuguesa para designar el mil. Los wagandas cuentan muy bien, y cuando se les da un libro cuentan todas sus páginas. Los negros de África, á falta de escritura, necesitan algunos medios para ayudar la memoria: el mismo Mtesa, en cuya corte hay bastantes caudillos que poseen el idioma árabe, tiene para revisar su ejército un tablero de números ó contador, en el cual por cada unidad de tropas hay clavado un palillo que se quita cuando se hace la movilización de aquélla y es aplicado como signo inmediato de mando. En la descripción de un juicio celebrado en Gessi (Djur-Chatas) se dice: «Manojos de pajas y de ramas ennegrecidos por la acción del tiempo indicaban las mujeres, los niños y las vacas que habían sido arrebatadas por los tratantes de esclavos: para indicar los bueyes, que constituyen la posesión más preciosa, servían los manojos de paja más largos.»

Aun cuando la magia de los sacerdotes usurpa de antemano todo el terreno que podría ser de la ciencia, no por esto excluye en absoluto la razón y los estudios de los fenómenos naturales. Véase sino, entre otras cosas, lo que más adelante decimos de los hechiceros y médicos y recordemos también la relación del médico Felkin acerca de la amputación que Riouga, caudillo y médico de Wanyoro,

hizo del brazo de su hijo. Su habilidad en operaciones de menor importancia ha sido repetidas veces reconocida, teniendo para algunas de ellas, como por ejemplo para la extracción de las espinas muy clavadas, instrumentos especiales. Aun cuando el hecho de vivir en tierra firme no les ha demostrado tan claramente como á los navegantes polinesios, la necesidad de conocer algo de astronomía, designan, como los bosquimanos, algunas constelaciones con nombres especiales y conocen las horas de la noche por la posición de las mismas, de igual manera que de la posición del sol sobre ciertos lugares y en determinadas horas deducen la repetición de las distintas épocas del año.

La música de los negros ha sido juzgada, aun por los críticos menos severos, como más estrepitosa que bella: la mayor parte de sus instrumentos tiende á hacer ruido y no á producir sonidos agradables. Lo mejor que acerca de ella hemos oído decir es la comparación que hace Schweinfurth de la música de los bongos con el furor de los elementos desencadenados. Con esta calificación concuerda perfectamente el hecho de que los tambores de todas formas constituyen la parte principal de aquellas orquestas. El tambor es el instrumento primitivo y al propio tiempo el predilecto, no siendo necesario ahondar mucho para encontrar su origen. En las grandes fiestas de los beshuanes, una piel de buey, sostenida por mujeres formando círculo y que se toca con grandes palos, hace las veces de tambor: tal acontece, por ejemplo, en la fiesta con que se celebra el ingreso en la edad viril de los jóvenes que bailan al compás de aquella música. Este instrumento, en extremo sencillo, puede servir para los fines más diversos. El tambor es el principal instrumento músico de los manganjas, los cuales expresan con él así la alegría como la tristeza, y se distinguen, según Livingstone, por la manera de llevar el compás. También se remonta quizás á un origen primitivo el instrumento de cuerda, susceptible de diversas formas y que consiste en un arco convertido en una guitarra de una sola cuerda gracias á la resonancia de una calabaza que se le adhiere. Cuando se ve á un cafre llevando á la espalda, de donde antes colgaba el arco, el fusil, mientras con los dientes hace sonar ese arco convertido en instrumento músico que se parece exactamente al arco con que se disparan flechas, se figura uno comprender claramente el modo cómo nació este instrumento de cuerda, que abunda mucho entre los negros pero que desempeña un papel muy secundario en las orquestas normales de éstos. En la mayor parte de las tribus negras encontramos instrumentos que producen análogos sonidos; en cambio, escasean los que tienen alguna semejanza con las arpas y con la vihuela. Como respecto de estos instrumentos no se trata de cosas necesarias, encontramos notables desigualdades en punto á su difusión geográfica. Ejemplo importante de lo caprichoso de esta difusión es la falta de los instrumentos de cuerda entre los mombuttús, tan hábiles y ricos en otros conceptos, y su presencia entre los vecinos de éstos, los nyam-nyam que los poseen en abundancia. Entre los negros, se encuentran en todas partes la flauta sencilla y las flautas de Pan. Los cuernos formados con mariscos, que tan generalizados están entre los malayos, sólo se vuelven á encontrar entre los komoros, que los tomaron probablemente de aquéllos. Los nómadas, menos ricos en instrumentos músicos que los apacibles habitantes de las aldeas, poseen, sin embargo, los cuernos de guerra que casi son generales en toda el África: la abertura que se aplica á la boca está practicada á un lado y en la parte inferior. Para fabricar estos instrumentos se usan especialmente los cuernos de antilope. Las caravanas llevan también un cuerno para hacer señales, que tiene, se-